

Introducción

=====

El tema que nos ocupa excede a toda capacidad de razonamiento. De hecho, los textos bíblicos hablan de él, por aproximación. ¿Por qué?. Porque no existe lenguaje que pueda abarcar la eternidad. Y hablar sobre la resurrección es hacerlo sobre la eternidad.

De ahí que para no pecar o, dicho en términos coloquiales, para centrarnos, (1) comencemos por algo obvio y sin embargo muy esclarecedor: sentemos las bases aclarando lo que no es la resurrección.

Resucitar no es volver a vivir. Así se ha explicado y entendido a veces el significado de la resurrección de Lázaro (Jn 11,1-44). Cristo resucitó a su amigo para, finalmente y al cabo de un tiempo determinado, volver a morir. Lázaro, en este supuesto, no habría resucitado. Cristo se habría limitado a reanimar su cadáver; a traerlo a este mundo para llevárselo, nuevamente, en una segunda muerte. Ahora bien, dado que quien experimenta la resurrección no puede volver a morir, obvio es decir que la resurrección no puede plantearse como si se tratase de la reanimación de un cadáver.

Resucitar no es juntar nuevamente alma y cuerpo, entendiendo por cuerpo los kilos de carne que uno posee en el momento del óbito. Y ello, incluso, tomando en consideración una cierta transformación de la carne o del cadáver propiamente dicho. ¿Por qué?. Porque la resurrección de la carne no es igual a la resurrección de los cuerpos, aunque, ciertamente, en nuestro lenguaje coloquial ambos han sido equiparados. La carne, en cuanto materia, necesita de un espacio y éste de un tiempo. Siempre que hay materia hay espacio y tiempo. ¿Qué sucede cuando el espacio y el tiempo desaparecen?. Que el cuerpo en cuanto materia no es necesario para seguir viviendo, sí, en cuanto vida, para seguir comunicándose. En definitiva, el creyente necesita su cuerpo para resucitar, pero no su carne; ésta lo único que le acarrearía sería un sin fin de problemas de difícil solución. ¿Por qué? Porque la resurrección siendo eternidad no permite la existencia del tiempo.(2).

Resucitar no es re-vivir en el cuerpo, después de haber pasado un tiempo muerto. ¿Por qué?. Porque en el más allá el tiempo muerto no existe. A decir verdad, y si se me permite a esta altura de la exposición, ni en el “más acá”. Ciertamente que el tiempo siempre es muerto, porque remite a la muerte y sólo en ella tiene su espacio, mas, ¿cómo introducir al tiempo en un “más allá” donde sólo hay eternidad?. ¿Cómo es posible, por tanto, afirmar que tras la muerte “existe” un tiempo en el que cada cuerpo (cuerpo muerto), espera resucitar?. De “existir” un tiempo de espera en la muerte, estaríamos dando a la muerte una existencia fuera de ella misma. La existencia remite al Ser como la muerte remite al no-ser.

Resucitar, asimismo, no implica volver a sentir el yo en cuanto individualidad. Puede haber creyentes que anhelan resucitar para volver a experimentar la finitud del ser no religado, es decir, la individualidad al margen del resto de las creaturas y de la propia creación. El yo es uno e indivisible; el ego es múltiple y dividido. A veces, el creyente, en su más íntimo pensar, cree que la resurrección es volver a encontrarse con el ego individualista que fabricó (fabricamos), en el “mas acá” a través de las múltiples sensaciones adquiridas por los sentidos. Volver a experimentar este ego lejos de resucitar es seguir ensoñando una muerte anunciada.

¿Qué es, pues, resucitar?. La respuesta ha de ser presentada desde la experiencia propia de la resurrección. Nuestra experiencia como cristiano, que no como teólogo, será dada desde las aproximaciones que nos presentan los evangelistas Marcos y Mateo, sabiendo que el lenguaje es, en sí mismo, una dificultad para dicha aproximación.

Esta dificultad nos habla de la infinitud que pretendemos abarcar con la razón. La razón concretiza las ideas mediante las palabras y las palabras se concretizan en los hechos (según proclaman las escrituras, la palabra se hizo carne). Desde la idea hasta la carne hay un abismo infranqueable que se hace posible a través del milagro de la creación, abismo que se transforma en puente cuando es comparado con la distancia entre lo finito (la letra) y lo infinito (la resurrección). El dato revelado nos recuerda que la letra mata; sin embargo, hemos de servirnos de ella para expresar, razonando, lo inexpresable.

Aquí y ahora lo inexpresable, que comenzamos a expresar, es que sólo puede hablarse de resurrección en tanto y cuanto se esté resucitando. Obsérvese que decimos resucitando y no resucitado. La primera expresión implica una verdad que se está realizando, la segunda un hecho ya realizado.

Cristo ha realizado la resurrección ; el cristiano la está realizando. Desde esta perspectiva, que es la que comporta la dinámica bíblica, nos acercaremos

previamente, a los conceptos de vida y muerte que, intelectualmente, conocía el mundo bíblico. Posteriormente e insertándonos en la revelación evangélica de Marcos y Mateo, nos adentraremos en el misterio de la resurrección desde la óptica de la encarnación del cristiano que vive su tiempo en los albores del siglo XXI.

La vida y la muerte

=====

El lenguaje teológico en el que forzosamente debemos expresarnos a la hora de escribir sobre la resurrección, exige al creyente, de cualquier religión, un conocimiento mínimo de la cultura religiosa a través de la que pretende intuir el misterio. El misterio, que en definitiva es Dios, no puede ser abarcado en lenguaje alguno; no obstante, la expresión donde ha sido revelado reclama unos conocimientos mínimos de la cultura religiosa que sirvió de vehículo para reencarnarlo.

Esta reencarnación tiene un nombre a nivel teológico: religión. Nuestra religión que adjetivamos como católica por ser universal y por lo mismo atraer sobre ella todo lo que genuinamente es humano, tiene una pedagogía interna que va cambiando con el devenir.

Esta pedagogía es la que debemos conocer de forma especial cuando, como en el caso que nos ocupa, tratamos de aproximarnos al evento resurreccionista. Y ello porque el concepto de resurrección parte de unas premisas previas. A saber: ¿Qué es la vida? ¿Qué es la muerte?. La respuesta a estos interrogantes que se formulan desde un más acá, condiciona la comprensión del más allá. No se trata de que el más allá esté condicionado. Los condicionados somos los creyentes en cuanto personas, ya que, cristianamente hablando, parecemos estar en un proceso de increencia, más que en una dinámica de fe. La pregunta es obvia: ¿Acaso el cristiano, tras el bautismo, no está abierto a la vida, y por tanto, ha desechado de su mente la existencia de la muerte?.

Vida y muerte son experiencias religiosas que expresan vivencias interiores. El pragmatismo de nuestro mundo no entra en estas categorías teológicas y sin embargo, jamás han tenido mayor actualidad. El mundo está muerto... ¡en vida!

La progresión de las ciencias psicológicas habla, sin necesidad de palabras, de la angustia existencial del hombre moderno (3). Angustia que en ocasiones alcanza el suicidio y con frecuencia la desesperación, ya que el pragmatismo y materialismo que le invade es tal, que la vida y la muerte no parecen admitir categorías intermedias. Así, mientras la palabra muerte nos remite a un individuo fallecido y enterrado en la tumba, el término vida nos conduce al que respira y sigue cumpliendo años en el tiempo. ¿Era así en el mundo semítico ?. Ciertamente, no. El israelita no muere únicamente en el momento de expirar, lo hace continuamente cuando la adversidad le ataca, cuando la enfermedad le embarga, cuando fracasado y angustiado se siente desfallecer ante las adversidades cotidianas.

La muerte para Israel se experimenta día a día en su acontecer. La bajada al “sheol” o patria de los muertos, tiene muchos escalones que se bajan o suben a lo largo de la existencia. “*Mis sacerdotes y mis ancianos han expirado en la ciudad, mientras se buscaban aliento para recobrar la vida*” (Lam 1,19). El alma entra y sale del creyente conforme a su comportamiento ante Yahve.

En los textos bíblicos tenemos un libro que merece especial atención al respecto. La historia del profeta Jonás, es la del hombre, que en vida, está muerto. El simbolismo de la ballena arrastrando al profeta hasta las profundidades del sheol cuando huye de la palabra de su Dios, contrasta con la vuelta al puerto de “Joppe” (=esperanza), cuando finalmente se dirige a Nínive. (4).

La muerte para el creyente es alejamiento de Dios. ¿Por qué ?, Porque la vida, humanamente hablando, no es una realidad genética, es una verdad divina. La vida procede desde el génesis de la palabra de Yahvé. Cuando el creyente se aleja de su Creador el caos retorna y, reza con el salmista : “*Porque mi alma de males está ahíta, y mi vida esta al borde del sheol ; contado entre los que bajan a la fosa, soy como un hombre acabado*” (Sal 88,4). La oración del Salmo expresa la realidad psicológica de la muerte !estando en vida !.

Cuando la trascendencia habla, el caos desaparece : “*La tierra era caos y confusión... Dijo Dios : haya luz, y hubo luz... y apartó Dios la luz de la oscuridad*” (Gn 1,5). El caos para el autor sagrado ya existía. La vida en sus componentes materiales no le interesa. La vida humana brota cuando el caos, como tinieblas, desaparece y la luz, como armonía, brilla en su corazón, que es, para el autor sacerdotal de los primeros capítulos del Génesis, el corazón del universo.

Igualmente, para el israelita, la muerte es una realidad existencial que se experimenta en su interioridad. El hombre de fe jamás la ha temido porque,

sencillamente, la desconoce. El Antiguo Testamento no se lanza a la búsqueda de un más allá al temer la llegada de la muerte física. El creyente viene considerado como un patriarca, cuyo prototipo podría ser Henoc : larga vida (simbolizada por los 365 años que vivió, y cuya cifra representa, a su vez, el tiempo pleno del año solar), caminar siempre en este mundo en la presencia de Yahvé (esta presencia se objetivizará en una excelente salud, mejor posición social, abundancia de bienes, riquezas, etc... su contrario, es decir, alejarse de Yahvé será motivo de enfermedad, pobreza, defectos físicos, esterilidad, etc...), y volver junto a El al finalizar este “eón”.

Todo el ciclo vital del profeta Henoc viene marcado, asimismo, por el simbolismo del número siete, toda vez que Henoc fue el séptimo Patriarca, es decir, la plenitud de lo humano (Gn 5,21-24). (El simbolismo de los números pretende, en todo el acontecer de Israel, trascender los signos en los que se expresan).

¿A que conclusión podemos llegar ?. A aquella que sentida como creyentes, avalan los textos bíblicos : la vida y la muerte para el hombre de fe, son realidades que expresan la verdad que guarda en su interior. Verdad que llamamos, desde la óptica cristiana, revelación.

La revelación, y he aquí la paradoja desde la que deseamos partir para aproximarnos al concepto de resurrección en Marcos y Mateo, no desvela un más allá, sino que revela un más acá donde la vida no tiene contrapunto y donde la muerte es una pura invención de quien fuera de su centro, que es Dios, se desreliga de su yoedad (de ahí la necesidad que toda cultura tiene de la religión, para volver a re-ligar el sentimiento interior con la expresión de dicho sentimiento).

El creyente expresa con la palabra su relación con Dios. Así lo proclaman los textos bíblicos desde el Génesis hasta el Apocalipsis. El viaje interno de su espíritu (entendiendo por espíritu se genuina yoedad), se materializa en su acontecer temporal. La diferencia entre su acontecer temporal y su mundo interior está creada desde la muerte. Jesús ante esta visión exclamará : *“Mi reino no es de este mundo”* (Jn 18,36). La muerte que “vive” el increyente genera más y más diferencia (caos), donde todo debiera ser armonía (luz).

Religar esta experiencia de vida nos aproxima al valor genuino de la resurrección. Y ello porque, efectivamente, Israel no acudió al concepto resurreccionista para poder seguir viviendo en un más allá (5). Quien sabe lo que es la vida, no puede pensar en morir. Ahora bien, Israel, asumiendo otras culturas, como debe seguir haciendo el creyente del siglo XX, fue evolucionando en su idea

del más allá. De hecho, según una opinión exegética bastante extendida, la idea sobre la resurrección de los muertos no apareció en Israel hasta el siglo II a.C.

El creyente fiel a Yahvé no necesitó creer en la resurrección cuando toda su existencia estaba impregnada por la vida (Historia Patriarcal) .El problema comienza a surgir cuando lo que experimenta es la muerte. Podemos afirmar que, para el creyente israelita, la creencia en la resurrección comenzó, más por la angustia producida al ver que los fieles a Yahvé morían sin recompensa, que por la necesidad de un más allá donde proseguir viviendo (6).

Israel no podía comprender el silencio de su Dios. ¿Acaso Yahvé no era el Dios de la vida ?. ¿Cómo permitía, pues, que sus fieles seguidores muriesen en el campo de batalla o fuesen sacrificados en plena juventud ? Tal sucedía en la época de la helenización de Antíoco Epifanes . El libro de Daniel responde a estos interrogantes. La respuesta, más que la supervivencia en un más allá, es la necesidad de encontrar alguna justificación a la aparente injusticia de Yahvé. El Dios de la vida no puede permitir la injusticia. La exégesis actual reconoce que el libro de Daniel únicamente se preocupa por la suerte del justo y que, por tanto, la resurrección que allí se proclama, es parcial y nacional. La resurrección del libro de Daniel justifica el incomprensible silencio de Jahvé ante la injusticia del fiel. Dios hablará en el último día. En el día de Jahvé los justos volverán a vivir (7).

El fiel a Yahvé encontró respuesta a su angustia : el día de Yahvé el caos primigenio desaparecerá definitivamente, y el fiel brillará con luz propia. Aunque los designios de Dios no se comprendan hay que mantenerse atento a la palabra recibida en los orígenes. La historia de la salvación es el devenir del tiempo ante esta palabra. Y la palabra, al llegar la plenitud del tiempo (cada cual que coloque el suyo) nuevamente se recrea, se encarna (evangelio) en aquél que en su particular génesis se deja invadir por el “Ruah Yavhé”.

¿Dónde acontecen estas cosas ?¿en un más allá ? No, el fiel a Yahvé vive o muere en el más acá. Ante lo incomprensible, a veces, de su existencia, cuestiona a su Dios. Así el paradigma de Job, que a fuerza de impaciente, le conocemos como ejemplo de paciencia. De igual manera, el creyente que experimenta en su existencia angustia y desolación, cuestiona la mascarada en la que se ha convertido su vida y reflexiona sobre la resurrección. Pero, no porque necesite seguir viviendo, sino porque sabe que la vida que le posee no puede desaparecer. La resurrección es la respuesta que, a través del evangelio, Jesús brinda desde este mundo, a los que viven la trascendencia y desean canalizarla más allá de toda palabra.

Veamos cómo expresa la vida y cómo nos aproxima a la resurrección, que es la vida en plenitud, el evangelista Marcos.

La tesis : Marcos y el silencio

“En verdad os digo que no se le dará a esta generación un signo “ (Mc 8,11 ss.)

Proponemos al lector una meditación del evangelio de Marcos, desde el silencio. Esta propuesta no es gratuita ; el evangelista no admite señal alguna. No así Mateo y Lucas. El huye de cualquier signo divino. El Cristo de Marcos se revela en la humanidad. Todo su evangelio remite constantemente a la humanidad de Jesús. El misterio que esconde este hombre se encuentra en su interior. Marcos desde el inicio de su escrito nos propone su personal encuentro con el resucitado. ¿Cómo alcanzar la resurrección ?. ¡Resucitando !.

El evangelista nos brinda, desde el silencio, una pedagogía de encuentro. Mas... ¿encuentro con quién ?. ¡ Con uno mismo !. La humanidad de cada creyente, es la Humanidad, en la que Cristo, es el primogénito. De esta forma, toda la pedagogía de Marcos se dirige al reencuentro con la personal humanidad de cada creyente, huyendo de todo signo divino. ¿Por qué ?. Porque es imposible ser alcanzado por la resurrección, si no hemos descubierto nuestra mismidad. Quien la descubre no reclama signo alguno : “*¿Por qué esta generación pide una señal ? En verdad os digo que no se le dará ninguna*” (8,12 s.) (8).

Marcos intenta que el creyente descubra al Jesús Hombre. Por ello, su evangelio comienza en el mundo interior de su personaje. Allí Jesús, retirado a su personal desierto, escucha la voz de Dios : “ *Tú eres mi hijo, el amado, en quien tengo mis complacencias. Enseguida el Espíritu le empujó hacia el desierto. Permaneció en él cuarenta días tentado por Satanás...*” (1,11-13). Esta es la primera revelación que nos propone Marcos. Posiblemente su encuentro se inició de esta forma.

Marcos habría escuchado en infinidad de ocasiones a Pedro, su gran maestro, la necesidad que el resucitado tenía del retiro y de la soledad. El sabe por experiencia que esta verdad brota desde el silencio. ¿Cómo trasmite su mensaje?.

El evangelista sitúa a Jesús en el desierto, en la soledad silenciosa de su interioridad. Desde ella el creyente ha de descubrir la suya propia, y oír la siguiente sentencia de Jesús: *“el tiempo se ha cumplido y el Reino está cerca ; convertíos y creed en la Buena Nueva”* (1,15).

A partir de este instante que es eterno, ya no hay tiempo, pues éste, “se ha cumplido”. Jesús comienza un caminar que Marcos nos descubre en el silencio y en donde la palabra es innecesaria : *“Jesús, entonces, le conminó diciendo : Cállate...”* (1,25). Nadie puede decir que El es el Santo de Dios, ni siquiera Pedro cuando proclama : *“Tu eres el Cristo. Y les mando energéticamente que a nadie hablaran acerca de el”* (8,30).

Marcos presenta a Jesús como el Hijo de Hombre, (= ser humano), que descubre el misterio de ser persona cuando escucha la voz de la trascendencia que se revela como Padre. La Buena Nueva no necesita palabra alguna ; precisa la escucha atenta del que tenga oídos para oír y ojos para ver en su particular desierto.

Jesús, desde el desierto, comienza su humana revelación que dura simbólicamente 40 días. Y decimos simbólicamente porque así lo expresa el evangelista cuando a continuación revela que el tiempo se ha cumplido (1,15). Efectivamente, desde la realidad física existe el tiempo ; desde la experiencia interior y psicológica del individuo, no. En ella nos sitúa Marcos y casi sin palabras, las mínimas para captar su verdad, nos muestra un Jesús que no necesita devenir para ser, puesto que ya es, solo de-viene lo que todavía no es ; desde esta revelación de la plena humanidad (Ser) el silencio rodea todos los hechos de milagros (9).

No es la palabra lo importante, lo necesario es la fe : *“Jesús le dijo : !qué es eso de si puedes ! ¡Todo es posible para quien cree !.”* (9,23). Esta expresión del evangelista es contundentemente expresiva, especialmente cuando le oímos exponer el pasaje de la transfiguración. ¡Quien cree podrá ver ! No se trata de escuchar a quien cree, se impone vivir esta experiencia. Por ello nuevamente : *“ les prohibió contar a nadie lo que habían visto”* (9,9).

¿Cómo vive Marcos esta experiencia ? Desde el desierto en el que Jesús estuvo toda su vida (interioridad donde se descubre la humanidad se escucha la voz del Padre, y se expresa de forma simbólica con la cifra 40), nos propone el siguiente enigma : *“venid conmigo y os haré llegar a ser pescadores de hombres”* (1,17). Marcos desea que nos introduzcamos como Jesús, en nuestra propia mismidad y allí, donde el tiempo no existe porque se ha cumplido, descubrir el milagro de la vida. ¿Cómo ? Rescatando (pescando) al hombre que llevamos dentro. Así lo va exponiendo en su evangelio y es precisamente al comenzar la

segunda mitad de su escrito, en el capítulo nueve, donde recuerda que... “*algunos no gustarán la muerte*” (9,1). ¿Quiénes?. Los que hayan descubierto, como Jesús, la humanidad que llevan oculta en el interior de sus corazones. Los que hayan sido pescados de las aguas profundas de la muerte. ¿Cuándo?

Marcos nos retrotrae, a un génesis simbólico: “*pasados seis días, tomó Jesús a Pedro, a Santiago y a Juan, y los condujo solos a un monte alto...*” (9,2). No es baladí la expresión “pasados seis días”. La cábala semítica tiene una relevante importancia tanto para Marcos como para Mateo. Como iremos viendo la usan para expresar lo inexpresable. (10).

Imposible expresar con menos palabras el inicio de la nueva creación. El anuncio de la Nueva Buena se ha formulado. Lucas y Mateo expresan su anunciación a través de la palabra, Marcos lo hace a través del silencio. Lógicamente quien escucha la voz del Padre, ve en Lucas y Mateo que María concibe y pare al Cristo que lleva dentro ; igual que en Marcos, tras los seis días simbólicos de la creación, la humanidad recreada y querida por Dios ve transfigurada la figura de Jesús de Nazaret.

Los caminos que recorren los sinópticos son distintos ; la meta es la misma : proclamar que el hijo del hombre es el Hijo de Dios. Y es entonces cuando el creyente se introduce en el misterio y escucha igual que un día lo escuchó Jesús : “*este es mi Hijo amado, escuchadle*”(9,7). Jesús, como primogénito había escuchado esta voz : “*Tu eres mi Hijo...*” (1,11), ahora en la nueva creación, en el reino que se acerca, el cristiano escucha en su interior la misma verdad. Pero esta verdad no es exterior al hombre, nadie puede comunicarla, procede de Dios.

De ahí que nuevamente, oímos decir a Jesús que no cuenten a nadie lo que han visto (9,9). La aproximación a la resurrección que estamos realizando desde el silencio de Marcos, es la resurrección misma. Nadie puede contar esta verdad ya que la palabra no puede abarcar el misterio. Una y otra vez lo repite el evangelista : es en el silencio donde se haya la clave, el signo que no precisa de milagro alguno. El signo es la propia humanidad de Jesús que hay que descubrir ¡desde la revelación de la propia !.

La psicología de Marcos destaca al respecto de la de los otros sinópticos. El es parco en palabras porque más que escuchar la voz de Cristo, la vive. El reencuentro de esta vivencia es la que provoca en sus lectores cuando repite constantemente que Jesús es el Hijo del Hombre, y el encuentro con él nos revelará que todos somos hijos de Dios. Descubrir esta verdad interna transformará el mundo externo pues a la par que la higuera es tal si da higos, el hombre lo es si

aprende a orar desde el interior y a perdonar exteriormente como fruto de tal vivencia (11,20-26).

Así nos encontramos con dos mundos uno interno y verídico y otro externo y real. Mundos que se complementan cuando se da al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios. (12,13-17).

Y paso a paso como en un viacrucis pascual, Marcos va ascendiendo desde Galilea hasta Jerusalén, hasta su personal Gólgota donde confía en que Dios descubra a cada creyente, el signo. ¿Acaso no lo hizo con él ? El signo no necesita de milagro alguno, sólo exige interiorizar su evangelio.

Al comenzar su escrito nos propuso con la expresión “40 días en el desierto” y dentro de la cábala semítica, toda una experiencia de vida que, igual a la de Israel durante los 40 años en el desierto, recorre los años cronológicos de toda la existencia, sea personal o colectiva. Ahora bien , esta experiencia de vida, puede estar marcada por el mundo del Cesar (externo), o por el mundo de Dios (humano y por tanto interno) : *“Maestro, sabemos que eres sincero, que no te da cuidado de nadie, pues no tienes respetos humanos, sino que enseñas según verdad el camino de Dios”* (12,14).

Antes de entrar en Jerusalén, Marcos pregunta a su lector cuál de estos caminos ha elegido el de Cesar o el de Dios. Las perícopas de los hijos de Zebedeo comparadas con las del ciego de Jericó son extremadamente sugerentes” : *“¿Qué queréis que os haga ? Ellos le respondieron : Concédenos sentarnos el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda en tu gloria. Jesús les respondió !No sabéis lo que pedís !”* (10,36-38). Los discípulos no han alcanzado a encontrar el camino donde se descubre la humanidad. Son incapaces de “ver” la verdad.

El pragmatismo del evangelista no puede ser más evidente, a continuación muestra cómo el ciego de Jericó, es capaz de ver lo que sus propios discípulos no han visto : *“El ciego le respondió : Señor que vea. Jesús le dijo. Anda tu fe te ha salvado. Y al instante recobró la vista y le seguía en el camino”* (10,51 s.). El ciego sigue el camino que Jesús mostró y que Marcos trata de señalar.

En la pasión y resurrección de Jesús que expone Marcos a partir del capítulo 14, se hayan contrapuestos los mundos de Cesar y de Dios. Con uno se compra el tiempo (el respeto humano), con el otro se encuentra la eternidad (el camino de Dios) Sería una pena que habiendo visto en Galilea el camino de Dios por no prestar la debida atención en Jerusalén, por no continuar despierto, en constante vigilia, se perdiera el horizonte de la nueva creación, y se retornase al camino del Cesar. *“Lo que a vosotros digo, a todos digo : ¡Vigilad !”* (13,37).

La apertura del verdadero camino se encuentra en el desierto (-40- nueva humanidad), y conduce hasta la transfiguración. (- 6- nueva creación). Como veremos a continuación la apertura del camino falso se encuentra en la tumba (-40- antigua humanidad), y conduce hasta la muerte. ¿Cómo mantenerse en la dirección correcta ? ¡Vigilando !.

¿Cuál es la trampa que veinte siglos después seguimos poniéndonos ? Creer que la resurrección pertenece a un tiempo después de la muerte y no a una eternidad a captar desde esta vida ¿Por qué ?. Porque para el hombre religioso, y especialmente para el cristiano, la muerte no existe, y por tanto, la resurrección se revela en el más acá. Para el hombre de fe, no hay más vida que la vida y cuando se descubre en la resurrección, no se puede pensar en otra vida, sino en la vida que revelada como “buena nueva”, trasciende a la propia materia (11).

El ser creado por Dios en el simbólico día seis de la creación más que materia, es humanidad. Desde ella, si estamos vigilantes se operará el milagro y veremos como el ciego ¡al resucitado !. ¿Cómo nos aproxima el evangelista a este misterio que es en definitiva el signo que no precisa de palabra alguna ?

Suele decirse que la teología de Marcos es al respecto muy similar a la de Mateo, creemos que no es así. Marcos se distancia de tal manera de la mateana, que incluso, quienes desean unificarla afirman que el final de su evangelio ha debido extraviarse. De hecho hasta hace relativamente poco tiempo a los versículos 9 al 20 del capítulo 16 se los denominaba “final de San Marcos”. Esta necesaria explicación hacía concordar la teología de Marcos con la de los otros sinópticos. La actual exégesis, nos indica que no es así. Los citados versículos no son de Marcos, fueron añadidos posteriormente para tratar de finalizar lo que parecía estar inacabado (12). ¿Qué falta en el evangelio ?.

Todo el silencio que repetidamente hemos ido exponiendo en este ensayo encuentra en el inesperado final de Marcos su explicación. El, a diferencia de los otros evangelistas no dice absolutamente nada de las apariciones del resucitado. Pero no porque se haya perdido lo que en su día dijo, sino porque nada podía decir . ¿Cómo culmina su revelación ? Desde el camino interno al que nos ha conducido nuestra meditación, escuchemos el dato revelado.

“Llegada la hora sexta, hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora nona” (15,33). Así comienza a relatar los últimos momentos de Jesús en la cruz. Con datos cronológicos que detalla de hora en hora, al igual que ha venido insistiendo una y otra vez en su evangelio al recordar que Jesús resucitará al tercer día. Ahora bien, ¿qué sucede cuando, al parecer de muchos, Jesús muere ?. Que a

diferencia de Mateo y Lucas, Marcos no reitera que al tercer día resucitará. Marcos repentinamente parece olvidarse de este dato cronológico ¿Podremos hallar en los sonoros silencios del final de su evangelio la clave de su teología resurreccionista ?

Proponemos una respuesta desde la música callada del alma a fin de que se desvele como sinfonía reencarnada en cada particular desierto. Nuestra hipótesis es la siguiente : Como la revelación se ha de captar desde el tiempo, es decir, se ha de reencarnar, Marcos nos sitúa ante dos posibles alternativas, una verdadera y otra falsa.

La alternativa verdadera es la de un Jesús que, siendo Hijo de Dios, se revela en la interioridad del ser cuando descubrimos la propia humanidad ; de ahí la importancia que Marcos da a Jesús en cuanto Hijo de Hombre. Es imposible descubrir la filiación divina si no hemos captado nuestra genuina yoedad. Los 40 días de Jesús en el desierto, expresan cronológicamente hablando, esta necesaria inmersión. Quien sale de ella pierde su consciencia humana. El estuvo en vela todo el tiempo que pasó entre nosotros. Vigilando, en cuanto hombre, escuchó la voz de Dios y supo, que la muerte era pura ficción.

Marcos ha escuchado la voz de Dios y nos comunica la forma en la que fue encontrado, es decir, resucitado. Ahora ante la aparente muerte, aunque sea tan agónica como la muerte de cruz, busca la respuesta del hombre al que pretende despertar si es que no ha permanecido velando ¿Cómo ?. Marcos no dice que al tercer día resucitó, en estos momentos no le interesa para su particular teología. El evangelista únicamente indica que, *“pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamarle. Y muy de madrugada, el primer día de la semana, a la salida del sol van al sepulcro”* (16, 1s). Marcos nos acaba de presentar la otra alternativa, la falsa, la que no pertenece al Reino de Dios, porque su Reino no es de este mundo.

Volviendo a la cábala semítica, observamos que desde la hora nona del viernes hasta el primer día de la semana, es decir, el domingo, han pasado 40 horas. ¡Nuevamente la cifra 40 !. Es curioso notar que Marcos hace un especial énfasis en explicar que el sol estaba brillando. Donde Mateo dice que estaba a punto de amanecer y Lucas que era de madrugada, Marcos señala que el día era soleado. ¿Por qué ?. Una posible y lógica respuesta es afirmar que al evangelista le interesa demostrar para su particular teología que habían pasado 40 horas desde la muerte y no el tiempo entre la hora nona (3 de la tarde del viernes) y el amanecer del tercer día (aprox. 5 de la mañana del domingo). De ser así, le faltarían 2 ó 3 horas para alcanzar la evangélica y mítica cifra. (13). ¿Cómo las añade ? Puntualizando que el sol había salido y omitiendo “al tercer día”.

Su revelación comienza con 40 (para expresar la verdad) y acaba con 40 (para expresar la falsedad). ¿Cuál es el simbolismo que se esconde en este alfa y omega evangélico y que nos aproxima a la resurrección? El creyente queda situado en su evangelio como ante una moneda con dos caras; una le remite a la búsqueda de sí mismo, Y es en el encuentro de esta nueva humanidad donde escucha, como en la transfiguración, la voz de la trascendencia, la misma que escuchó Jesús como primogénito.

La otra cara aparece al final de su evangelio: las 40 horas en las que la muerte se ha enseñoreado como protagonista del evangelio remiten al mundo exterior en el que el propio Pedro, momentos antes de su transfiguración, cayó. Pedro, al igual que el mesianismo imperante en la época, reclama reconocimiento del pueblo y actuaciones externas concretas que no entran en la tesis del evangelista.

La primera mitad de su evangelio se mueve en el descubrimiento de un camino interno que llega hasta la base de la humanidad de Jesús. Cuando a través del evangelio, el creyente llega hasta esta base, allí escucha la voz que escuchó Jesús y la transfiguración se revela como el gran misterio que no puede comunicarse desde el exterior.

Todo acontece pasados seis días. (9,2). También Lucas usa del mismo dígito cuando anuncia: “*En el mes sexto*”(1,26). Nuevamente el seis para recordar la nueva creación del hombre en Jesús de Nazaret a través de la anunciación de la Virgen María. La anterior creación estaba representada en Juan el Bautista, la nueva en Jesús de Nazaret. Marcos nos ha presentado la humanidad querida por Dios y ahora paso a paso hasta llegar a Jerusalén nos presenta la otra cara de la moneda encerrada, asimismo, en la cifra 40.

La primera parte de su evangelio termina en la transfiguración. ¿Cómo acaba la segunda? Con las piadosas mujeres camino de la tumba llevando aromas para ungirle. Mateo es más lógico al respecto ya que ellas van a visitar la tumba. Marcos, sin embargo desea ungirle. ¿No hubiera sido más lógico ungirle antes de ser enterrado y no ahora que incluso la tumba está sellada, guardada por soldados, y como ellas mismas confiesan, incapacitadas para entrar en ella porque no pueden mover la piedra? (16,1s) (14).

Marcos va creando una situación absurda para quien ha captado la verdad de su evangelio. Quien ha permanecido en vela durante los 40 días del desierto, que no es otra cosa que la verdad inmersa en los evangelios de la infancia de Mateo y Lucas, donde el hombre, se sabe nacido de lo alto, ¿cómo puede ahora ir a la tumba a ocultar el hedor de la muerte con aromas y ungüentos.? La verdad de la

vida representada en los primeros 40 se compara con la falsedad de la muerte representada en los segundos 40. Esta es la situación que nos presenta Marcos.

Toda su teología ha sido expuesta pero quien no haya profundizado en su propia humanidad, quien no haya alcanzado en esta vida la transfiguración, estará aún sin creer en la Buena Nueva donde *“el tiempo se ha cumplido”* (1,15). Este tiempo de muerte también lo representa el evangelista en la cifra 40. En este caso las 40 horas que según la creencia de los necios de este mundo, Jesús permaneció muerto. Las mujeres van al sepulcro, la escena que representa el evangelista está llena de incongruencias como la muerte misma. ¿Cómo es posible a estas alturas de su evangelio que alguien vaya en busca de la muerte ?. Ellas pretenden encontrarla para cubrirla con sus perfumes y adentrarse en sus dominios aunque, se vean incapaces de mover una simple piedra (15).

Marcos nos revela el misterio de la resurrección desde el silencio y es desde este vacío que le oímos decir : *“Mirad donde le pusieron”*. Es el momento del encuentro ; es el instante del “fiat” ; es la plenitud de los tiempos, donde cada creyente ha de renacer de lo alto. Ellas miran y ... ¡a nadie dijeron nada !. Quien haya descubierto su propia humanidad, sabrá lo allí acontecido, mas esa verdad no puede ser comunicada desde fuera a quién no ha escuchado desde dentro la voz del Padre y por lo tanto no se autodefine como Hijo de Dios (16).

¿Qué hacer en este último supuesto ? : *“... Id a decir a sus discípulos y a Pedro que os precederá a Galilea ; allí le veréis...”* (16,7). Marcos es categórico : volver a Galilea donde todo comenzó. Recorrer nuevamente el camino interno, para en cada historia, en cada pueblo, y en cada sociedad concreta, hallar la forma y manera de visitar nuestro íntimo y particular desierto, donde todo comienza. Un desierto donde el hombre se revela como Hijo del Hijo y donde los ángeles son sus servidores (1, 13). Un desierto donde brilla la luz como así viene sucediendo desde entonces en el día del Señor (La Santa Misa Dominical) y que simbólicamente representa Marcos, asimismo, con un sol brillando en las alturas.

La salvación sigue abierta, entre tanto, ¿cómo es posible buscar la muerte donde sólo hay vida ?. *“Mirad donde le han puesto”*. Ahora cada creyente ha de mirar e intentar ver. El centurión también miró y ante la muerte exclamó : *“Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios”* (15,39). La primera afirmación del centurión es ver en Jesús al hombre sólo entonces proclama la divinidad.

Descubierta y desvelada la humanidad de Jesús en cada experiencia de vida ¿qué pueden encontrar las mujeres en la tumba ?. La respuesta es un abismo en el tiempo. Marcos la introduce en el interior del creyente que pretende ahondar en el misterio: *“Ha resucitado, no está aquí, mirad el sitio donde le pusieron...”* (16,6).

Es el momento en el que furtivamente y con temor o como expresa el propio evangelista : “*sobrecogidas de espanto* ” (16,5), y mirando de cara a la muerte hay que exclamar con Pablo : “*¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón ?*” (1 Cor 15,55). La muerte como la vida no está en el más allá, Cristo nos revela que es aquí y ahora donde podemos como hijos de Dios vivir la experiencia de la resurrección. En Cristo no hay ni más allá ni más acá, hay la vivencia del Reino donde al no existir tiempo, desaparece la muerte y la eternidad se revela como una nueva experiencia de vida plena, que denominamos resurrección. Ahora : ¡Vigilad !.

La antítesis : Mateo y la palabra

=====

“... El signo de Jonás. Como estuvo Jonás en el vientre del pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre tres días y tres noches en el corazón de la tierra...” (Mt 12, 38-42) (17).

Todo lo que en Marcos es silencio en Mateo es palabra. Marcos es la imagen que sin palabras llama a la fe ; Mateo es la palabra que hay que escuchar, la catequética que hay que vivir para que la fe surja desde el corazón. Con Marcos Jesús calla, con Mateo habla. El evangelista nos lleva de la mano por toda Galilea para que escuchemos a Jesús y nos convirtamos al Reino : “*desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir : arrepentíos porque se acerca el Reino de Dios*” (4,17). “*Recorría toda la Galilea enseñando en las sinagogas, predicando...*” (4,23) ; monte arriba nos hace ascender y escuchar la ética de Jesús (5-6-7). Sólo quien comprende su discurso puede apprehender el misterio que

se revela en los siguientes capítulos de su evangelio. Los milagros van precedidos de la palabra. La conversión interior exige la escucha atenta del creyente (18).

Una escucha que va más allá del oído : “*Señor déjame primero ir a enterrar a mi padre. Dícele Jesús : Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos*”. (8,21). El evangelista revela el Reino desde la Palabra y este Reino es vida, ¿Cómo es posible hablar de muerte ?. Quien no ha escuchado, aunque haya oído, no puede aprehender el signo milagroso donde se revela Jesús. Mateo va descubriendo al Cristo que lleva a la vida (7,13). Quien desde la vida habla de muerte, es porque está muerto. Si el discípulo sigue creyendo que su padre está muerto, ¡es porque de hecho, el muerto es él !

Y así paso a paso, escuchando el mensaje llegamos a la cruz. Allí, mas que palabras ! Hay gritos ! : “ *Jesús dando de nuevo un fuerte grito, entregó su espíritu. En esto, el velo del Santuario se rasgó en dos, de arriba abajo ; tembló la tierra y las rocas se hendieron*” (27,50 s.) Mateo recalca el segundo grito del Jesús agonizante. Este grito sirve de música de fondo a la apertura del Santo de los Santos . Al final, como Marcos y aunque su pedagogía ha sido distinta, busca la respuesta interna del creyente que a estas alturas de su escrito “ve” cómo los santos difuntos resucitan (27,52) y como Cristo es verdaderamente Hijo de Dios (27,54).

Para el evangelista, observar la resurrección de Jesús, implica dejarse invadir por la vida, rasgar definitivamente el velo del misterio, y penetrar con Jesús en el Reino : “*La cortina del templo se rasgó de arriba a abajo en dos partes*” (27,51). Pero antes hay que trascender como el discípulo, la visión fantasmagórica de la muerte. Quien está vivo sabe que no puede enterrar a muerto alguno, ya que la muerte no existe. ¿Cómo nos aproxima Mateo a la resurrección ? ¿Cómo interpela al creyente para que trascienda a la muerte ?

La teología mateana nos aproxima a la resurrección a través de la escucha del mensaje. La palabra despierta la fe. ¿Fe, en quién ? En el Mesías que es el Cristo. “*Y vosotros quién decís que soy yo ?. Respondiendo Simón Pedro, dijo : Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente*” (16,15 s).

La profesión del fe anunciada por Pedro sirve de introducción catequética para desvelarnos el misterio. El signo del milagro de la resurrección lo anuncia Mateo al llamarle a “*Simón, hijo de Jonás*” (16,17). La señal del enigmático profeta se entrecruza con la ascendencia de Pedro. Al menos desde la tesis que vamos a proponer nos parece enormemente sugerente esta coincidencia de los versículos 4 y 17 del capítulo 16.

Mateo nos ha llevado al camino que nos permite “ver” y donde el creyente, como el ciego de Jericó, puede exclamar “*Señor, Hijo de David*” (20,31). Se propone, por tanto, seguir en este camino, si queremos “ver” la luz. Camino cuyo origen es Pedro en cuanto roca, en cuanto piedra sobre la que se edificará el auténtico templo del Dios Viviente. (16,18). Sobre esta piedra, no prevalecerá la muerte. Ella será la puerta del misterio donde deberá introducirse la llave de la fe (16,19). Mateo nos sitúa ante esta roca. Piedra angular sobre la que Jesús edificará su Iglesia y sobre la que va a esculpir su aproximación a la resurrección.

La fortaleza o la debilidad de esta piedra (= Pedro) dependerá de la vigilancia y atención al mensaje recibido (24,42), “*Velad pues, que no sabéis el día ni la hora*” (25,13). El Dios Viviente que se revela en la nueva Iglesia es el de siempre, “*...el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, no es un Dios de muertos, sino de vivos*” (22,32).

Cuando Jesús pone a prueba a Pedro (por esta prueba pasa todo creyente que, ciego, desea ver y se encuentra en el camino), le escuchamos decir : el Hijo del Hombre ha de “*ser muerto y resucitado al tercer día. Entonces Pedro, tomándolo aparte se puso a amonestarle, diciendo : Señor, ten compasión de ti, que no suceda así. Pero él volviéndose dijo a Pedro : ¡Quítate delante de mí, Satanás !.*” (16,21-23).

Pedro es la puerta del cielo, pero el enigma del misterio se aprehende donde, como nuevo signo de Jonás, se puede convertir en maldición, en adversario del Reino (= Satanás) si no cumple la voluntad de Dios. La roca es Pedro como la piedra es el hombre de fe sobre la que Cristo va a instaurar su Iglesia. ¿Cuándo ? En el instante en el que el tiempo muera y la eternidad del Hijo se capte en el acontecer humano : ¡Al tercer día !.

No se trata de un tiempo cronológico que ha de pasar para que sucedan las cosas. Se trata de un tiempo teológico donde el creyente es introducido mediante la palabra en los nuevos cielos (27,51). Mateo afirma que en el instante que “murió” Jesús, muchos vieron estas cosas : “*... se abrieron las tumbas y muchos cuerpos de santos que dormían resucitaron, y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de El, vinieron a la ciudad santa y se aparecieron a muchos. El centurión y los que con él guardaban a Jesús... se decían. Verdaderamente éste era Hijo de Dios*” (27,52-54). Ciertamente que en ese instante Jesús acaba de expirar y no habían transcurrido cronológicamente hablando, tres días. Todavía el centurión está mirando el cadáver en la cruz (19).

Y es que la cruz, como la roca, es la puerta que nos aproxima a la resurrección. El evangelista va a escenificar al tercer día lo ya acontecido

teológicamente en el instante en que Jesús exhala su espíritu, de forma que la palabra nos revele cronológicamente un milagro a través del que, nuevamente, podamos aprehender el signo.

El creyente que escucha a Mateo no gustará la muerte : *“En verdad os digo que hay algunos entre los presentes que no gustarán la muerte antes de haber visto al Hijo del Hombre venir en su Reino”* (16,28). Por ello, como en el silencio de Marcos, la nueva humanidad nacerá a los seis días : *“seis días después... se transfiguró ante ellos...”* (17,1 s). La recreación de los hijos de Dios vuelve a realizarse, como en el Génesis, en el dígito sexto. Pedro y los que le acompañan, ven y escuchan por primera vez la gloria que se revela en los hijos de Abraham (1,1). La transfiguración es, una vez más la visión de la resurrección desde el no tiempo de la eternidad, o desde el tiempo teológico del “tercer día”.

No obstante, ahora, ante la cruz, el evangelista va a seguir la cronología catequética de la roca : Muerto Jesús, (al decir de la antigua economía) Mateo usa la expresión *“entregó el espíritu”* (27,50) *” Tomó José el cuerpo y lo envolvió en una sábana limpia y lo puso en su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña, y después de hacer rodar la gran piedra a la entrada del sepulcro, se fue”* (27,59-60).

El evangelista revela su aproximación a la resurrección en el instante que, como en el Génesis, Yahvé, entrega su Ruah ; *“Jesús dando una gran voz, entregó su espíritu”* (27,50). Por supuesto que no es la realidad histórica la que nos narra Mateo, se trata de una verdad teológica que nos sitúa ante la gloria de Dios (27,51). Un moribundo con muerte de cruz no puede alzar la voz en un último suspiro ya que la muerte física sobreviene por asfixia. El espíritu que entrega Jesús es el mismo que exhaló Yahvé en el Génesis cuando alzando la voz crea el universo. Jesús es el Cristo ; el evangelista ya lo había anunciado en su genealogía (1,16).

Su evangelio ha ido paso a paso revelando la verdad. Ahora, nuevamente, ante la cruz y en su aparente debilidad, se recrea todo el universo : *“ los santos resucitaron y salieron del sepulcro...”* (27,52s). Mateo nos acompaña desde la cruz, donde ya ha sucedido todo, hasta la tumba, donde todo vuelve a comenzar y allí nos expone su última y/o primera catequesis.

José de Arimatea, hombre rico, tenía un sepulcro nuevo que había labrado en la peña. Mateo parece querernos presentar a la muerte en su estado más puro. Todo es limpio y nuevo, incluida la sábana que envuelve el cadáver (27,59 s). A fin de que nada pueda ser contaminado se cubre la escenificación con una gran piedra (27,60). Mateo nos da “tres días” (Marcos, no), para que nos adentremos en el signo : *“Le dijeron Señor, recordamos que ese impostor, vivo aún, dijo : Después*

de tres días resucitaré. Manda pues, guardar el sepulcro hasta el día tercero no sea que vengan sus discípulos, le roben y digan al pueblo : Ha resucitado de entre los muertos” (27,63 s).

Donde todo parece acabado ... ¡Todo está comenzando !. La limpieza de la muerte mancha con su impureza. ¡La muerte es la impureza misma !. El discípulo de Arimatea había labrado la piedra : ¡ Jesús había labrado a Simón ! ... y la piedra cubre el Hades tapando el misterio : “*Y yo te digo a ti que tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (16,18)..*

Ahora frente al Hades, ante la tumba : ¡la piedra !. Hay que apurar los “tres días”. Ciertamente, que son muchos los creyentes que siguen esperando después de 20/30/70 o más años de existencia, que pasen estos “tres días”. Mateo es consciente de esta realidad cuando afirma que “*muchos cuerpos de santos que dormían, resucitaron” (27,52)*. El confía que su palabra despertará a otros muchos que siguen aguardando el paso del tiempo. La roca cubre el Hades. Pedro es el cielo (=vida), simbolizado en las llaves (16,19) pero también muerte simbolizado en Satanás (16,23). Las rocas ya han sido derribadas (27,51) según lo predijo : “*En verdad os digo que no quedará piedra sobre piedra” (24,2)*.

¿Cuál es la piedra que simboliza Pedro y que nunca se derribará ? La Iglesia de Cristo que es ¡el propio Cristo ! (21, 42-46). Quedarse en la piedra es tan malo como renegar de ella. La barca ha de servir para pasar a la otra orilla (9,1). El creyente en cada día de su tiempo, que es muerte, visita el sepulcro como María Magdalena, como la otra María, como todos los que junto a las mujeres siguen creyendo en la muerte : los sacerdotes, los fariseos, el mismísimo Pilatos, los guardias... (27, 61-66). En este episodio mateano las mujeres no van, como en Marcos, con unguento alguno, van de visita. Mateo, como Jesús ante la muerte de Lázaro, espera que pasen los tres días . (Jn 11,6 s.).

Las dos Marías no se preocupan por quién les moverá la piedra (Marcos, si). La preocupación teológica de Mateo es la antítesis de la tesis de Marcos, como la palabra, lo es del silencio. No obstante, la síntesis es la misma para ambos : aproximarnos a la resurrección. Las dos mujeres tienen la piedra (=Pedro) ante ellas (20). Ya hemos dicho que Pedro es Cristo como Cristo son los cristianos a los que Pablo perseguía (Hch 9,1-5).

Y ahora frente a la piedra (28,2), como horas atrás frente a la cruz (27,51), la tierra tiembla “ *con un gran terremoto”* La escena es la misma que ¡tres días antes !. Mateo, a través de su cronología, nos va introduciendo en su “teología” ¿quién mueve la piedra (Pedro) ?. Como desde el Génesis ¡Dios ! : “*un ángel del*

Señor ... removió la piedra y se sentó sobre ella” (28,2). Pedro es más que la luz o la tiniebla, quedarse en la luz puede ser tan dañino como abandonarse, por falta de vigilancia, a las tinieblas. Hay que trascender la roca para, a través de ella, ver la gloria de Dios. Cuando Pedro quiere manejar la luz se convierte en tinieblas : *“apártate de mí Satanás”* (16,23).

Ellas están ante la roca del templo imaginado por Cristo. Una vez más como en la transfiguración, los vestidos son blancos, aunque, posiblemente, para oscurecer la limpieza de la sábana y del sepulcro citados, en este caso, su blancura relampaguea como la nieve (28,3). Desde la roca Dios habla por boca del ángel. Ellas abiertas hacia el misterio, temen, como Moisés ante la zarza ardiendo, como José ante María cuando es portadora de la vida (=Cristo) (1,20). La roca sobre la que está el ángel y sobre la que Mateo ha instaurado la Iglesia (=Pedro), será también para los demás motivo de vida o de muerte. Para las mujeres es vida : *“ El ángel dice : no temáis vosotras porque yo se lo que buscáis, a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí... va delante de vosotros a Galilea”*. (28,5-7) ; para los guardias es muerte : *“ de miedo temblaron los guardias y se quedaron como muertos”* (28,4).

Mateo habla desde el sepulcro intentando por última o primera vez el despertar de la fe de sus lectores ; El ha expuesto su teología de la piedra ; no obstante, por si hay duda, añade una aparición, propia de su catequética : *“He aquí que Jesús les salió al encuentro ... ellas acercándose le adoraron”* (28,9 s). La salida del sepulcro estaba sellada por la piedra (=Pedro). La piedra estaba removida por el ángel, el ángel desde la piedra señala la muerte y ellas “saliendo” de la muerte se encuentran con la Vida (=resucitado).

Esta aparición sucede en el camino entre la muerte y la vida. Los demás evangelistas, a juzgar por sus escritos, la desconocen. Mateo ha descorrido el velo del Templo y muestra lo que hay tras la roca : nada si se viene buscando la muerte, todo si se viene buscando la vida. Pero ¿dónde está la piedra (=Pedro) , en el sepulcro ? ¡No !, la piedra, está en Galilea. Allí sigue Pedro con sus amigos los discípulos, allí le verán si ven a Pedro, allí Pedro le verá si trasciende su finitud (28,16 s). Aunque Jesús no habla de monte alguno, (28,10), ellos suben al monte (28,16) para “ver” a Jesús. Se impone trascender lo cotidiano para ser alcanzado por la vida. Entre tanto ¿qué sucede ? : *“Los guardias... comunicaron a los príncipes de los sacerdotes todo lo sucedido... Decid que... le robaron mientras nosotros dormíamos... Ellos, tomando el dinero hicieron como se les había dicho”* (28,11-15).

Al parecer es lo cotidiano lo que priva : los sacerdotes hablan, el dinero corre, la mentira prevalece, el poder..., pero aquellos que han trascendido la

materialidad de la roca están junto a Pedro bautizando ... tal como El mandó : “ ... enseñad a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...” (28,19 s) . Bautismo que para el evangelista sigue siendo la entrada en el sepulcro a través de la piedra y que la Iglesia de las primeras comunidades así debió entenderlo cuando añadió esta formula trinitaria al final del evangelio.

Toda aproximación hacia la resurrección que nos revela Mateo, busca despertar la fe, porque como él mismo anuncia en su evangelio : “yo os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis : Bendito el que viene en el nombre del Señor” (23,39).

Quien como Pedro escucha la voz del Padre, se convierte en Templo de Dios ; en piedra donde Cristo sigue vivo. Es entonces cuando “ve” y proclama junto al primogénito que él también es hijo de Dios. Esta nueva creación es la que Mateo expone de forma sublime en su evangelio de la infancia (1-2). La misma que el creyente recrea en la plenitud de su tiempo cuando resucitando escucha las palabras que Cristo sigue pronunciado : “Y de cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte...” (16,28).

San Mateo ha culminado su obra, pero la pregunta con la que iniciamos esta reflexión teológica sigue abierta en el tiempo (en la eternidad de los Hijos de Dios ya ha sido respondida) “¿Y vosotros quiénes decís que soy yo ?...” (16,15 s.)

A modo de Conclusión

La síntesis : Más allá del signo

=====

Tesis y antítesis, silencio y palabra en busca de la trascendencia de ambos. La síntesis es, otra vez más, la resurrección. La resurrección en cuanto aprehensión de la vida. Pero una vida sin contrapunto alguno. Donde se encuentra la vida, no puede existir la muerte. Ni la palabra ni el silencio puede revelarnos el misterio. Marcos y Mateo, desde sus particulares vivencias, señalan el cadáver, el lugar donde le pusieron. El creyente tiene que mirar y con los ojos de la fe... ¡ Ver !.

Cuando la luz se revela en la oscuridad no hay ni palabra ni silencio que pueda definirla. ¿Cómo expresar esta paradoja? En el presente ensayo hemos tratado de responder partiendo de la cábala semítica. Los evangelistas conocieron y manejaron esta expresión literaria a la hora de confeccionar sus escritos. ¿Por qué?. Porque la abstracción aritmética permite simbolizar muchas más realidades de las que cada número pretende concretizar. La simbología de los números, puede expresar con una cifra mucho más que el valor de la cifra en sí.. Así hemos tratado (siguiendo las teologías particulares de Marcos y Mateo), de introducirnos en el número para trascender al silencio y a la palabra.

La paradoja vuelve una vez más allí donde asimilado el valor del signo (en este caso, signo en cuanto número : tres, seis, cuarenta, siete, ¡qué más da), resulta que nunca ha existido signo alguno. De hecho, ¿quién ha visto número alguno, si no es a través de su representación gráfica?.

También Mateo y Marcos, desde la palabra son a su vez, signo y antisigno. Sus particulares teologías nos demuestran que hay que trascender todo concepto si queremos captar el misterio de la resurrección. Marcos nos propone trascender el “no-signo” con el fin de que llegando, después de cada seis días, el día séptimo o día del Señor (el domingo para los cristianos), aprehendamos el signo que no precisa de milagro alguno para ser captado. Mateo nos propone trascender el “signo” al tercer día de cada tiempo teológico, que es cuando suceden estas cosas y la eternidad se deja aprehender.

Y como telón de fondo en ambos evangelistas, el sepulcro, la cruz, la muerte, en definitiva, el cadáver. Marcos señala el lugar donde le pusieron. Desde el silencio no hay pregunta. ¿Estaba el cadáver? ¿había desaparecido?. Esta no es su preocupación. Ellas salieron corriendo y no dijeron nada, siguen sin decir nada, ¡porque nada se puede decir! (21).

Quien ha descubierto la vida en Galilea no puede buscar la muerte en Jerusalén, ¿Dónde van con el unguento? Volved a Galilea, a vuestro íntimo desierto y allí en el silencio escuchareis la voz del Padre. Mateo responde : no está aquí, Mateo nos introduce hasta el mismísimo Reino celestial. La muerte no puede prevalecer donde esta la piedra. Nueva paradoja que nos aproxima, una vez más, a las puertas de la resurrección... cuando como el signo, ¡se trasciende!.

La piedra, la lápida, la roca, en cuanto materia, ha de ser trascendida para convertirse en Pedro, en nueva humanidad, en Cristo. Sobre la materia siempre esta Dios, sobre la roca de Mateo, el ángel. Y Dios, a través del ángel, sigue respondiendo : “la muerte no está aquí”. Aquí esta la piedra. ¿Ves la piedra?. ¡NO! La piedra que propone Mateo, tampoco esta aquí. La piedra es

Pedro ; Pedro es la Iglesia ; la Iglesia es Cristo ; Cristo es Dios, Dios es la Vida. ¿Ves la Vida ?. Entonces has trascendido la roca, la tumba, la muerte, y desde Pedro, que es la piedra, has visto al resucitado. Así debió suceder a la mujeres en la aparición que nos narra Mateo. Ellas trascendieron la materia y vieron cara a cara a Cristo. Y como Tomás, se pusieron a adorarle :Señor mío y Dios mío (según la expresión joánica)

Desde entonces han pasado XX siglos cronológicos y después de tanto tiempo, muchos aún no han llegado a los seis días de la creación, imposible, por tanto, que vivencien los tres días mateanos. Para éstos la roca, como para las mujeres de Marcos, pesa demasiado. No creen en la resurrección : !muertos, adoran a su diosa (la muerte) con ungüentos y perfumes !. Son los que, inmersos en el tiempo, que es muerte, siguen preguntando “¿Dónde está el cadáver ? “ . La pregunta se formula desde el tiempo, desde la tumba, usando la expresión bíblica, desde la antigua economía de salvación . “No está aquí”. La respuesta se escucha desde el Reino, desde la Vida, desde la Iglesia que representa Pedro cuando se trasciende la materialidad de la piedra. El interrogante lo plantea el hombre, la solución la propone Dios. La proposición evangélica exige tener oídos para oír.

¿Qué sucede con los que inmersos en la materialidad de este mundo, sólo tiene orejas ?. La pregunta sigue en el aire :¿Dónde está el cadáver ?. Miran en la tumba y desde su propia muerte (como el discípulo que desea enterrar a su padre), ven el cadáver del muerto que andan buscando (todos tenemos alguno) ; si no lo ven, como en el evangelio, es porque lo han trasladado, lo han robado.

“Mirad donde le han puesto “. La materia necesita un espacio donde ubicarse. El increyente continúa anclado en el tiempo y, por tanto, necesita de la materia, de un espacio donde seguir colocando su muerte (el cadáver). Ahora, tras el evento de la resurrección, Pedro puede seguir siendo Satanás, como Jonás puede seguir devorado por la “ballena” sin acertar, ambos, a traspasar los tres días de muerte de Mateo o las 40 horas de Marcos. El signo, en cuanto piedra, hay que trascenderlo en la tumba.

Y en esta síntesis, proponemos al lector que haya sido incapaz de trascender la roca, que al menos la estudie. No es la teología la que afirma que en el instante del inicio del universo, en el momento existente entre el tiempo y el no-tiempo del agujero negro, en el big-bang del vacío cósmico, coexistían la densidad infinita y el espacio cero. Toda la densidad conocida y por conocer, toda la energía del universo estaba “ubicada en la nada”. !En la nada, todo !

. Si al principio era así, ¿es tan difícil intuir que más allá del principio, es decir, en la eternidad, la materia es tan inexistente como el tiempo que por no haber

comenzado es cero junto al espacio ?. ¿Por qué, entonces, el increyente sigue preguntado dónde se encuentra el cadáver (tiempo, materia, espacio). Si lo que hay tras la Piedra (Pedro), es Vida (eternidad, humanidad, Dios), en definitiva, energía infinita, no necesita ni del espacio, ni de la materia para seguir comunicándose. Precisa seguir siendo, porque lo que es, no puede dejar de ser. Dios es.. El hijo de Dios, es. El hijo de Dios es Cristo y en Cristo el resto de la humanidad seguimos siendo cuando nos dejamos alcanzar por la resurrección.

Al creyente (nueva humanidad) se le da la posibilidad de aprehender la resurrección. En el instante eterno de dicha aprehensión el tiempo se introduce en la eternidad, y el tiempo que es espacio y por tanto materia, desaparece. ¿Qué hay de extraño en que el cadáver de Jesús desapareciese ? Lo portentoso hubiera sido, que desde la eternidad, que es donde están “situados los hijos de Dios” hubiera seguido existiendo.

Lo mágico y tabuístico se hubiera producido si en la eternidad e infinitud de lo que humanamente llamamos Cristo (Dios), continuase siendo necesaria la materia. ¿No será más bien que el individuo que sigue cuestionándose la ubicación del cadáver es porque, sencillamente, tras la pregunta, ha sido incapaz de trascender la tumba ?. Quien entra en la eternidad se encuentra con Cristo (las mujeres fueron rescatadas de la tumba por el Cristo que se aparece), quien permanece en la tumba sin dejarse llevar por el misterio que es Pedro (la nueva iglesia), pregunta por el cadáver.

Cuando las mujeres y/o los discípulos se introducen en la eternidad, les es difícil explicar tal vivencia. La mente humana, en su finitud, tiene que dar un giro de 180° para re-conocer el Reino, el paraíso del que fue expulsado cuando pretendió en su arrogancia, no ser. ¿Por qué nos extraña, a su vez, que en un principio Cristo no fuera reconocido por los que entraron en el Reino, por aquellos a los que, dicho con otras palabras, se les apareció ?.

Los evangelistas cuentan de manera semejante los episodios relativos a la muerte, pero al expresar la vida, difieren y estas diferencias son las que confirman que el resucitado, siendo Jesús, no precisaba del cadáver (=muerte) !era, es y será la vida misma !. “Ver esta energía infinita” exige del experimentador pasar por el crisol, por la purga de su propia muerte (=bautismo). Sólo cuando se muere a la muerte, se puede ver cara a cara a la vida. (resurrección).

El ciego “pudo ver” lo que los hijos de Zebedeo no veían, !y continúan sin ver ! La materia, como la roca, puede seguir siendo luz o tinieblas. Cristo ciertamente que siendo Jesús (=materia) es mucho más que materia, es Dios, primogénito de las criaturas.

¿Buscamos el cadáver en el sepulcro ? Seguro que encontraremos algún cuerpo, aunque el terremoto lo haya removido o los ladrones lo hayan cambiado de sitio. ¿Buscamos la vida porque sentimos ser hijos de Dios ? Pedro, en cuanto puerta del Reino, nos revelará el signo al tercer día ; así interpreta Mateo el signo de Jonás y su evangelio traduce en palabras lo que Marcos traduce en silencio. Dos expresiones de la misma y única verdad : la resurrección.

Terminamos este ensayo tal como lo comenzamos : la finitud de la letra no puede expresar la infinitud. Desde esta finitud, y a modo de síntesis, permítasenos decir que, como en una gran orquesta de instrumentos de viento, el aire, en cuanto energía, acaricia la materia (flauta, gaita, clarinete, saxo, etc.), pero es en el vacío de cada uno de sus horadados agujeros donde se produce el encantamiento de su sonoridad. La música surge cuando se combina el sonido con el silencio. Entonces, cuando cada instrumento se trasciende y dialoga en armonía con los demás, se crea el milagro de la sinfonía.

Más allá de la letra, y a modo de aproximación a la resurrección, a la energía o aire le llaman Ruah o Trascendente ; tallada la materia, su forma es instrumento, lugar donde la energía anonadada se hace vacío, agujero (humanidad)... Y la materia habla en su vacío (Mateo), como la melodía surge combinando sus silencios (Marcos). Cuando dos o más instrumentos dialogan, allí está la armonía (Cristo). La armonía de la universal orquesta (Iglesia) en constante y eterno diálogo hace que se revele el milagro de la sinfonía (Vida, Resurrección) y que en ella se capte el signo que la hizo posible, la energía (Dios).

La sinfonía, como omega, retorna al aire, al vacío del alfa donde todo comenzó. Es en el vacío absoluto, en cuando aire (Ruah), donde se escucha la sinfonía creada en el vacío, asimismo, de cada instrumento (nueva humanidad de los Hijos de Dios) : Así el aire (Dios) es flauta (Humanidad) cuando, como en el paraíso, pasea por sus oquedades sonoras.

La vida sigue siendo resurrección para los que desde el tiempo, alcanzan la eternidad. Ella continúa revelándose en los que trascienden la letra del evangelio... y el que tenga oídos...

NOTAS

- 1.- Del griego “amatanene”, perder el punto. Quien en el tiro al arco perdía el centro de la diana, se descentraba. Así, el que peca pierde su genuino centro.
- 2.- Hace años el obispo de Woolwinch hizo un estudio muy detallado sobre el concepto “hombre” en cuanto cuerpo, carne, vida, etc. Su trabajo está presente en este ensayo. Cf. Robinson, J.A.T., El cuerpo. Estudio sobre la teología de San Pablo, Barcelona 1968. Asimismo, merece atención al respecto la publicación de Mork, W., Sentido bíblico del hombre, Madrid 1970
- 3.- Confesionarios vacíos se contraponen a consultas de psiquiatras y psicólogos en constante crecimiento. Las publicaciones sobre psicología transpersonal, psicoterapia, nueva era, etc., llenan las librerías tratando de responder a esta angustia existencial. En E.E.U.U. hasta los animales de compañía (perros), comienzan a tener problemas psicológicos.
- 4.- Del puerto de Joppe parte Jonás para salvar a Nínive. De allí parte Pedro con su mensaje, para salvar a los gentiles (Hch 10). Aún se conserva a la entrada de la ciudad, una gran piedra de más de tres metros de altura... y Pedro es la piedra de donde partirá la Iglesia.
- 5.- Muchos autores han estudiado el devenir de Israel y su visión del más allá. Destacamos a Pozo, C., Teología del más allá, Madrid 1992 ; Baltasar, S., Hacia el más allá, Madrid 1986 y el trabajo de mi maestro y amigo, Salas, A., La Biblia ante el más allá ¿inmortalidad o resurrección, Madrid 1980
- 6.- “¿Acaso podía Dios entregar definitivamente a la muerte a los que amaba hasta el extremo de morir por él ? No. Dios es fiel a sus promesas.” Cf. Boismard, M.E., ¿Es necesario aún hablar de resurrección ? Los datos bíblicos, Bilbao 1996 “La teología de la resurrección no se originó, pues, como respuesta a caprichosos egoísmos de supervivencia ; fue, más bien, un intento desesperado de recuperar la

historia de los vencidos” Cf. Fraijó, M., La resurrección de Jesús desde la filosofía de la religión, en “La fe cristiana en la resurrección : XXI Foro sobre el Hecho Religioso”, Santander 1998, p. 21

7.- Todo el interés de Dan 12,1-2 se centra en la escatología del fiel a Yahvé . Su resurrección es parcial. Así la tesis de Salas, A., Discurso Escatológico Prelucano. Estudio de Lc XXI, 20-36, El Escorial 1967, pp. 103-115

8.- Esta frase la inserta el evangelista en mitad de su evangelio. De los dieciséis capítulos que lo componen, es en el ocho donde expone su pleno rechazo a lo prodigioso.

9.- Lo que deviene es pensamiento. El pensamiento es tiempo. A nivel físico necesitamos del tiempo, bien para aprender un idioma, para ir de aquí para allá, etc. “Pero yo pregunto una cosa. Psicológicamente ¿Necesitamos en modo alguno el tiempo ?.” Cf. Krishnamurti, Sobre la Verdad, Barcelona 1996, p. 117. El tiempo desaparece, no ya para la teología, también para la psicología.

10.- “Vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba bien. Y atardeció y amaneció , día sexto”. (Gn 1,31). El autor sacerdotal del Génesis, usa simbólicamente los números, como Marcos y Mateo desde sus particulares teologías. Se impone trascenderlos para ser alcanzado por el misterio. Tanto el signo, como el no signo son vehículos de aproximación al hecho de la resurrección. La resurrección, en cuanto hecho milagroso, debe, asimismo, trascenderse para alcanzar el signo. La cábala semítica que usan los evangelistas y que exponemos desde el silencio de Marcos o desde la palabra de Mateo, ha de ser entendida de esta forma.

11.- Así traducimos a la Comisión Episcopal para la doctrina de la Fe cuando afirma que “Conviene no olvidar que la vida nueva y eterna no es, en rigor, simplemente otra vida ; es también esta vida en el mundo”. Cf. Esperamos la Resurrección y la Vida Eterna, Madrid 1995, p. 17

12.- Para demostrar que falta texto y antes de comenzar la parte añadida (16,9-20), la Biblia de Jerusalén en su edición española de 1975 acaba el versículo 8 con puntos suspensivos “y no dijeron nada a nadie porque tenían miedo...”

13.- El jesuita y teólogo español Suárez, en sus conocidas “Diputationes XLVI” expuso este cómputo del horario, y aunque autores actuales como Igartua afirman “Quiere así completar el número bíblico de cuarenta, simbólico, sin necesidad”. Cf. Igartua, J.M., La resurrección de Jesús y su Cuerpo, Bilbao 1989, p.212. No estamos de acuerdo con esta afirmación ya que estimamos que Marcos comienza y acaba su evangelio con la simbología de esta cifra. En la primera representa la

vida, en la segunda la muerte. Precisamente, por esta razón, quien al final de su evangelio se encuentra en la segunda, la única posibilidad que existe es volver a la primera, reiniciando su evangelio.

14.- “En Palestina no puede ocurrírsele a nadie ungir un cadáver al tercer día, puesto que para entonces ha comenzado ya a descomponerse”. Cf. Marxen, W., La resurrección de Jesús, Barcelona 1974, p. 71

15.- La humanidad de Jesús no puede morir. Pedro (maestro de Marcos), ha dejado constancia de esta verdad en su primera carta al afirmar que “Pues también Cristo, para llevarlos a Dios, murió una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, muerto en la carne, vivificado en el espíritu...” (3,18 s.). Vemos aquí una clara distinción del cadáver como carne y Cristo como espíritu o vida. Cf. Boismard, M.E., o.p., p. 89

16.- La verdad, salvo excepciones, siempre es interna. “Tenemos delante el cuarto evangelio para recordarnos que Jesús podía ser percibido como “exterior”, a pesar de ser totalmente “interior” a los discípulos”. Cf. Alegre, X., Perspectiva de la exégesis actual ante la resurrección de Jesús, en “La fe cristiana en la resurrección . XXI Foro sobre el hecho religioso” , Santander 1998, p. 55

17.- En Jonás los tres días pueden ser cuarenta. Los signos se contraponen y se unifican. ¿Estuvo Jonás tres días en el vientre del pez ?. Pues de igual forma Jesús en la tierra. Merece especial atención, para comprender este enigmático y pequeño libro reconocido como joya del universalismo religioso, el trabajo de Alonso, J., Jonás, el profeta recalitrante, Madrid 1963

18.- En los capítulos ocho y nueve Mateo expone los hechos de milagros. Ver el milagro no es posible si, previamente, no se ha escuchado el mensaje de los capítulos precedentes. Primero la palabra del Bautista, luego la de Jesús. La palabra conduce a la fe, la fe al milagro, y en el milagro se revela el signo.

19.- Jesús exhala su espíritu y “estando” en la cruz se captan los nuevos cielos, el nuevo reino de los que están resucitados con él. A partir de esta entrada en la eternidad Mateo inicia su catequética de la resurrección para los que aún no hayan visto estas cosas : !Las mujeres !. “Había allí muchas mujeres mirando desde lejos...” (27,55). Ellas miraban y no veían ; en contraposición el centurión mira y ve .

20.- “La piedra no es causa de inquietud para los visitantes ni el que esté corrida es objeto de comprobación : tiene por función inmediata no el permitir a las

mujeres la entrada sino simbolizar el objeto de conflicto entre el hombre y Dios”. Cf. León Dufour, X., Resurrección de Jesús y mensaje pascual, Salamanca 1973, p. 22

21.- “En el texto de Marcos, las mujeres huyen sin decir ni una palabra ; esto es sumamente extraño, sobre todo si no olvidamos que probablemente su evangelio se termina con esta frase”. Cf. Charpentier, E., !Cristo ha resucitado !, Navarra 1994, 9. 51. Siguiendo la teología de Marcos que hemos realizado, lo extraño hubiera sido que dijeran algo.

LA RESURRECCIÓN

PERSPECTIVA DE MARCOS Y MATEO

Autor :

Constantino

Quelle